



SILUETAS LATINOAMERICANAS

EDUARDO BARRIOS



ANTES de conocer a Eduardo Barrios en persona, ya me lo sabía de memoria a través de lecturas y de charlas de amigos. Yo me educué en el colegio de los Sagrados Corazones (Recoleta), que corresponde a los Padres Franceses de Santiago, y algunos de mis maestros lo fueron también de Barrios, pese a la notoria diferencia de edad... muy en favor, Eduardo, y disculpe.

El padre Florentino Prat y su hermano Enrique, el goliatroscopio padre Julián, el inextinguible padre Sebastián, y el flarmonico P. Armel, solían hacer referencias "a un escritor chileno que fué de los fundadores del colegio". Luego, un pariente materno de Barrios —Alfredo Hudtwalcker— fué mi compañero de año. Y sus libros... Y, más tarde, los amigos entre los cuales había de lo bueno, de lo malo y lo peor, como cierto alto funcionario gubernativo, cuyo reencuentro con Barrios hace pocos meses fué un drama por la incompreensión cerril del funcionario a toda cuestión actual.

Cuando, en gran parte, gracias a la gestión de Alberto Romero, según creo, la Universidad de Chile me invitó a dar conferencias en abril de 1930, Barrios era director general de bibliotecas y museos. Me sorprendió su sencillez. Comimos juntos mi primera noche en Santiago. Pero, me pude dar cuenta de que había cierto ambiente adverso al novelista a quien yo tanto admiraba. La razón, supe después, es que Eduardo había publicado pocos años antes un artículo titulado "Sí, creo en el coronel". Los enemigos del coronel X consideraban a Barrios una "bête noire". ¿Quién iba a decir, que andando el tiempo, serían ellos, y no Barrios, los más celosos e inesperados propugnadores de aquel mismo coronel, convertido en general, cuyas modalidades no habían variado mucho, a juzgar por los hechos visibles?

La vida es así, después de todo...

Barrios se hallaba en un estado de desgarro literario. Después de escalar la fama con ese magnífico puñado de relatos que son "El Niño que Enloqueció de Amor", "Un Perdido", "El Hermano Asno", "Páginas de un Pobre Diablo", había, se llamaba a silencio. Desde 1922 no producía nada. Más tarde ya de regreso en Chile, me lo hallé de colaborador de "Las Últimas Noticias".

—No, Luis-Alberto, —me dijo, a un requerimiento mío—, no escribiré más; me he retirado a una parcela, y veo crecer árboles e hijos. Estábamos en un fundito cerca del Maipo. El cielo estaba tan azul como el valle. Soplaban una insinuante brisa de abril. Todo convivía a "enloquecer de amor".

Muchas, muchas veces, cuando Eduardo, se dedicó a administrar el fundo "La Marquesa", en el camino a Cartagena, pasamos los domingos juntos. Allí estaban Flora Yáñez de Echeverría, Pilo Yáñez, Gabriela Rivadeneira; a menudo Vicente Huidobro; en ocasiones, Miguel Serrano, y toda la familia de Eduardo. Se hablaba mucho de literatura. Eduardo observaba riguroso ayuno y abstinencia. Con ese aire suyo, tan socarrón; empujando la cabeza sobre los hombros no muy anchos, pero, sí, cuadrados; la mirada burlesca tras los espejuelos con arco de carey; recortado el bigote entrecano sobre los labios delgados; rosado; combatiendo con la audaz calvicie. Eduardo escuchaba:

—Le repito: no volveré a escribir más. Soy un agricultor.

Había algo de quebrado en su voz algo cansada, y en su actitud. Quizás la acrimonia de algunos colegas, tan duros, con quien tanto prestigio diera a las letras chilenas, y nunca cometiera acto alguno de deslealtad para con sus compañeros. Se animaba cuando se hablaba de culinaria criolla. Barrios ha vivido su niñez en Lima:

—Dígame, ¿cuándo me invitan a unas papas a la huancayana... o a un buen seviche, o a una causa, a la limeña...? (Conste, oh académicos, que escribo seviche, y no "cebiche", como dice la Academia, porque ese plato no se inventó en Madrid, y nosotros, sus creadores y usufructuarios lo escribimos, y hasta lo comemos, con "ese" y con "ve").

Barrios tiene a su madre en Lima. Y, aunque parezca irreverente, ¿no han observado los lectores que el amor anda muy junto del paladar?

De mí, sé decir que, a menudo, vinculo los recuerdos más espirituales con algunos platos o bebidas. Estos serían como fijadores o concreciones de los sentimientos. Cuando me fui al Perú, en 1945, Barrios acababa de "sacarse" una lotería, comprar con ello una casa en Pedro de Valdivia, y ya rondaba su cabeza, o lo tenía conquistado, el Premio Nacional de Literatura. No colaboraba en periódicos, a pesar de que siempre conservaba sus relaciones con la casa de "El Mercurio", a donde sigue acudiendo ahora.

Me dijo un amigo, en Lima:

—Barrios ha publicado otra novela; se la mando.

Era "Tamarugal". Francamente, me dejó frío. El narrador había perdido bríos, o estaba muy lejos del ambiente que le brindara tema para "Un Perdido". Llegué a pensar que Barrios habría hecho mejor en mantenerse al margen, cuando, al volver a Chile, —tercos destierros y gratas arribadas—, me

recibió el bállico por "Gran Señor y Rajadiblos" (1948). Me lo lei de un sorbo.

Estuve en un banquete a Eduardo. No había cambiado su voz cansina, su sonrisa socarrona, ese tático medir al interlocutor que le distingue, y esa cautela para pronunciarse sobre los temas en debate, como si no quisiera despertar o avivar más pasiones. En vísperas de salir de nuevo de Chile (1950), apareció "Los Hombres del Hombre", un tanto pirandelliano, especie de contrapunto de "Gran Señor", en esa especie de implícito ritmo alterno que caracteriza la obra toda de Barrios: una obra naturalista, una divagación; otra obra naturalista, otra divagación. Es como si el escritor quisiera contentar a su turno al ojo y al corazón, por si abriesen polémica entrambos.

He oído decir a Américo Castro, con ese insoportable dogmatismo que caracteriza al fusilable filólogo, que "El Hermano Asno" es la más grande novela americana. Lo dudo. Lo dudo, como dudo de todo lo que resulta "el más"... cualquier cosa. Creo que siempre hay un número corto de "los más", para que se escoja entre ellos, según las preferencias. De todos modos, "El Hermano" tiene derecho a figurar entre las grandes obras del idioma, como esa pequeña obra maestra que es "El Niño que Enloqueció de Amor". No la que Barrios dé en el futuro. Acaso, por mucha importancia que se atribuya a la espontaneidad, le haga falta reparar su largo alejamiento de su modo de expresión, con un terco trato con las obras más representativas de hoy, a fin de agilizar su ya clásico y profundo modo. Acaso... De cualquier suerte, no se hable de vanidad cuando de Barrios se trate, ni de intrigas literarias, ni de murmuraciones. Lo he visto a menudo en el Ateneo de don Carlos George Nascimento, sacar el cuerpo a los "pelambres" y hacer oídos de mercader a los chismes. A *quoi bon?*; no es cierto Eduardo; a *quoi bon?*, si está usted seguro de que su puesto es ya, por derecho propio, irremovible?

Luis Alberto Sánchez.

NUEVO ZIG-ZAG

Eduardo Barrios [artículo] Luis Alberto Sánchez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez, Luis Alberto, 1900-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1951

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Barrios [artículo] Luis Alberto Sánchez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile